

Maria Callas: Un suceso ignoto

por Carlos Fuentes y Espinosa

Cecilia Sophia Anna Maria Kalogeropoulos, la legendaria Maria Callas, “la Divina”, es conocida por propios y extraños, admirada, odiada, siempre polémica, jamás inadvertida; la diva, elogiada, reverenciada a veces, emulada frecuentemente, vituperada, envidiada, recordada, idealizada, estudiada, también la cantante.

Los puristas del canto difícilmente aprueban sus peculiaridades vocales, empero, saben que tales peculiaridades generan más reacciones que miles de cantos más regulares. Un sector de la nueva generación, nacida después de su prematura muerte, le rinde tributo vehemente; otro, de la vieja, la deifica. Es Maria Callas un personaje que ha logrado trascender el mundo operístico, muy a su pesar, hasta llegar al mundo irreal de la realidad cotidiana, la del cuarto de hora de fama, la de las conversaciones populares.

Hablar de Callas siempre adquiere la apariencia de ser una repetición de algún otro comentario dicho mil veces. La Callas, como todas las deidades, provoca intensas pasiones. ¡Qué tema delicado la Callas!

México atestiguó y participó con entrega a su consolidación como monstruo sagrado. En palabras del esposo de la soprano, Giovanni Battista Meneghini: “México le dedicó honores de jefe de estado”, aunque a ella le desagradara la temperatura y los alimentos, entre otros detallitos, que no impidieron que, con el tiempo, vacacionara en el país. En todo caso, la relación con México fue intensa, como se sabe.

Gracias a estudiosos, entusiastas, reminiscencias de primera mano y uno que otro admirador obsesivo, puede hallarse pingüe información de las presentaciones de la cantante griega en nuestro país, grabaciones completas con incidentes memorables, anécdotas singulares que evocan el paso de Maria Callas por México. Y sin embargo, se desconoce totalmente una pequeña historia que, ahora que los actores han desaparecido, me toca a mi relatar en condiciones no muy ventajosas, pero con el acicate de cierto sentido del deber para la Historia y acaso, cual biruje tenue, refrescar un poco el archivo de la Callas.

Es conveniente que declare que no soy “callista”. Múltiples razones obvias hay para ello, si bien admito con gusto que en mi temprana niñez, por influjo familiar, sentí cierto fervor por la soprano, cuyo remanente actual se observa como una admiración por su declamación musical, su “canto expresivo” y gratitud por su rescate de obras rossinianas. Esta condición mía es necesaria para la exposición que haré.

Relataré un suceso ignoto que conocí por voz del protagonista, quien no clasificó el acontecimiento como digno de publicación y que, dada nuestra amistad y confianza, tuvo la gentileza de mostrarme algunos documentos que respaldaban la autenticidad de lo dicho, de la que yo no dudé, por otra parte. Mas me gustaría conservarlos para satisfacer la exigencia de la Historia. Aún peor, tales registros se han perdido, infortunadamente, en los ajeteos de la vida, en esos vaivenes involuntarios que destruyen encantos.

Sin embargo, un investigador que se interesara en la tarea podría



Maria Callas

localizarlos, lo sé. Quizá por eso es que, a pesar de los pesares, me tome el atrevimiento de dar a conocer este fragmento de la relación Callas-México.

A fines de la década de los 60, el director orquestal y pianista de origen catalán Enrique Gimeno, que había sido nombrado director musical y cultural del Canal 8 de México, TIM, planeaba crear los Festivales Casals de Guadalajara y un sinfín de actividades encomiables en el país, entre ellas un concierto magno en Acapulco, con las voces de Maria Callas y Plácido Domingo.

Se reunió con un poderoso director en Telesistema Mexicano, Emilio Azcárraga Milmo, que, con gran disposición, diseñó el proyecto. El concierto se realizaría en ese año, 1970, al final. Parece ser que Domingo aceptó gustoso. Se habló con músicos, autoridades, coordinadores, y la programación avanzó mucho. Maria Callas había resuelto

afirmativamente en principio, pero esperaba el planteamiento de la idea. Se concertó la cita con la Divina en su lujoso apartamento de la avenida parisina Georges Mandel, nombrada en honor del líder de la Resistencia francesa, a donde se dirigió el maestro Gimeno en algún punto de mayo o junio del propio año 1970.

Con partituras, contratos, fotografías, planos, mapas, oficios, poderes legales y demás documentos requeridos, don Enrique dejó su hotel para encontrarse con la célebre cantante y actriz, que unos meses antes había presentado la película *Medea* de Pier Paolo Pasolini, donde protagonizaba a la hechicera mítica. La cantante lo recibió con un trato más cercano a la sequedad que a la cortesía: ni un vaso de agua le ofreció. Escuchó atentamente la explicación en el simpático francés de Gimeno, que la acompañó al piano en alguna vocalización o, posiblemente, algunas notas de cierta aria, cuando la artista se interrumpió y, con lágrimas en los ojos, exclamó triste y sombríamente: “La Callas ya no existe”. El recital llegaba a su fin sin haber empezado.

Azcárraga intentó una sustitución: ofrecer los Conciertos de Brandenburgo de Johann Sebastian Bach a manera de jazz, a lo que Gimeno se rehusó contundentemente y, aunque la diva cantó en repetidas ocasiones después, fungió como profesora, aceptó entrevistas, participó como jurado, México no volvió a escucharla en vivo.

A mi pregunta expresa y probablemente indiscreta sobre si los estipendios designados no la hubiesen convencido, el maestro Gimeno me contestó que ni siquiera se tocó ese punto que, por cierto, estaba generosamente considerado. Si se indaga en la biografía de Maria Callas, puede verse que fue un tiempo turbulento sentimentalmente para ella, aspecto determinante en su estado general, decisiones y conductas. No obstante, no es mi labor ni intención explicar la causa de su negativa, sino únicamente referir los hechos de una historia ignorada que, de haberse concretado de acuerdo con el plan primario, habría supuesto desenlaces muy distintos. Si se me permite la especulación, estoy convencido de que habrían sido muy halagadores para todos los participantes, particularmente para Maria. ●